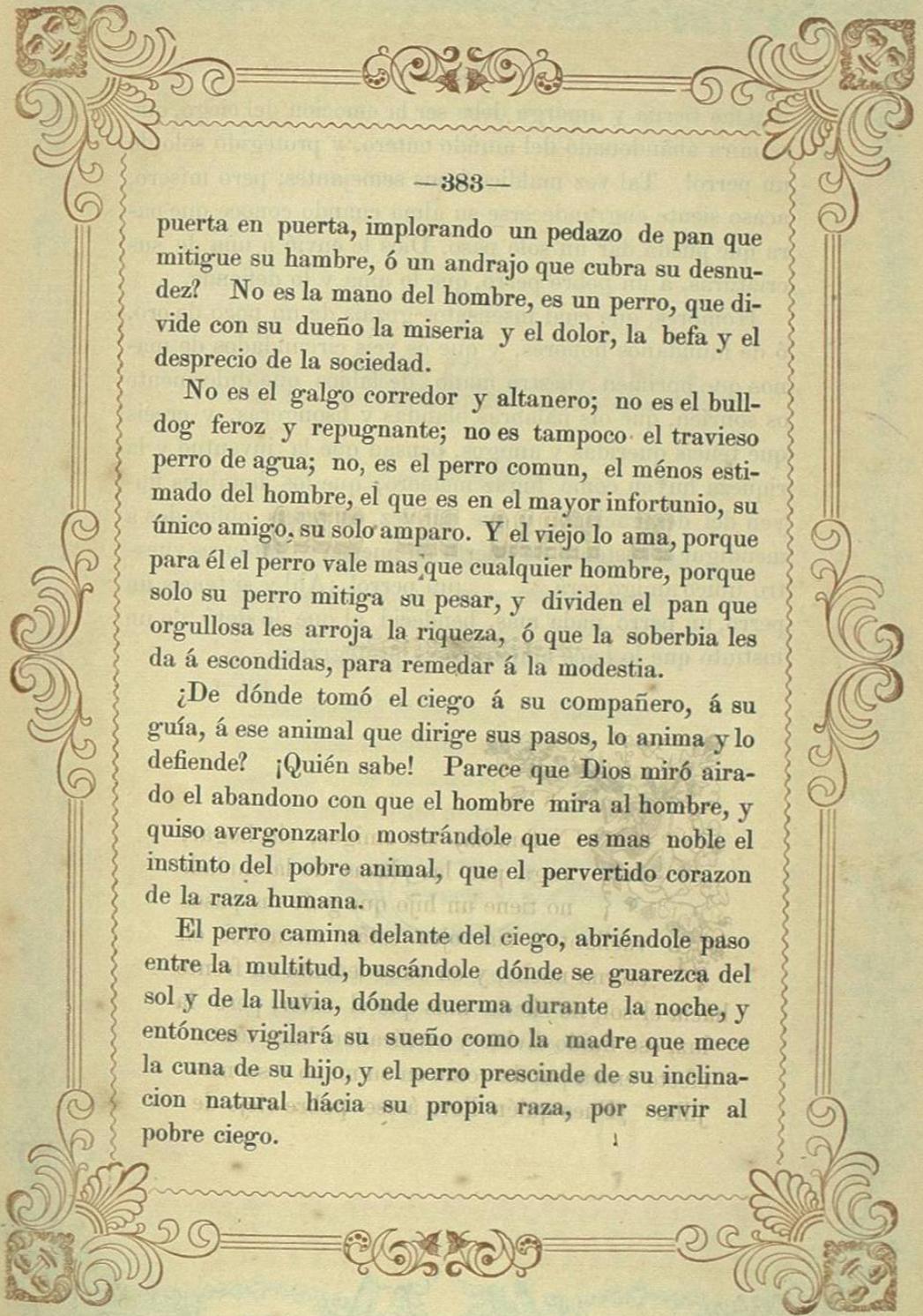


## EL PERRO DEL CIEGO.



EN familia, sin amigos, sin hogar,  
vaga por las plazas de la ciudad:  
no tiene un hijo que guíe sus pasos  
vacilantes; sus ojos están envueltos en  
eterna noche, y en vano levanta su frente  
hacia el sol, no siente mas que el calor; pero la  
luz, ese fluido divino y vivificador, hace tanto  
efecto en su pupila como en su mano ó su me-  
jilla. ¿Pues quién lleva á ese pobre viejo de



puerta en puerta, implorando un pedazo de pan que mitigue su hambre, ó un andrajo que cubra su desnudez? No es la mano del hombre, es un perro, que divide con su dueño la miseria y el dolor, la befa y el desprecio de la sociedad.

No es el galgo corredor y altanero; no es el bulldog feroz y repugnante; no es tampoco el travieso perro de agua; no, es el perro comun, el ménos estimado del hombre, el que es en el mayor infortunio, su único amigo, su solo amparo. Y el viejo lo ama, porque para él el perro vale mas que cualquier hombre, porque solo su perro mitiga su pesar, y dividen el pan que orgullosa les arroja la riqueza, ó que la soberbia les da á escondidas, para remedar á la modestia.

¿De dónde tomó el ciego á su compañero, á su guía, á ese animal que dirige sus pasos, lo anima y lo defiende? ¿Quién sabe! Parece que Dios miró airado el abandono con que el hombre mira al hombre, y quiso avergonzarlo mostrándole que es mas noble el instinto del pobre animal, que el pervertido corazón de la raza humana.

El perro camina delante del ciego, abriéndole paso entre la multitud, buscándole dónde se guarezca del sol y de la lluvia, dónde duerma durante la noche, y entónces vigilará su sueño como la madre que mece la cuna de su hijo, y el perro prescinde de su inclinacion natural hacia su propia raza, por servir al pobre ciego.

¡Qué tierna y amarga debe ser la emoción del ciego, que se mira abandonado del mundo entero, y protegido solo de un perro! Tal vez maldice á sus semejantes; pero mísero, acaso siente engrandecerse su alma cuando conoce que para que pueda dar un solo paso, Dios le envió á una de sus criaturas, á un pobre perro, que lo ama y lo defiende.

Hombres, que cual insensatos gozais de un poco de oro, ó de mundanos honores, y que os veis circundados de manos que oprimen vuestra mano, de labios que dulcemente os sonríen, que oís palabras blandas y lisongeras, y creéis que teneis queridas y amigos, pensad que la juventud y la riqueza huyen como fugaz meteoro, que los hombres huyen del desgraciado, y que tal vez os vereis obligados á mendigar el sustento de puerta en puerta, y entónces vuestro único amigo será. . . . . ¡un perro! ¡Ah! y si teneis un perro, un perro nada mas, bendecid al que lo dotó de un instinto que lo hace ampararos y protegeros.

1850.—F.



## EL CHOLERA-MORBO.

EL Angel de la Muerte, en negro dia,  
Del Ganges turbio en la ribera impura,  
El vuelo alzó, llevando en la cintura  
Terrible espada, que al volar crugía.

Desenvainó el acero, y lo blandía,  
Y desolaba la cabaña oscura,  
Llenaba á los monarcas de amargura,  
Y el triste Oriente atónito gemía.

El ángel, agitado su semblante,  
El Asia cruza, y vuela al Occidente,  
Corre la Europa, y pásase adelante;

Asola el africano continente,  
La América recorre centellante,  
Y como rayo, vuélvese al Oriente.

M. CARPIO.

## LA CATARATA DEL NIÁGARA.

El ancho río aváncase rugiente  
Entre selvas que cubren la llanura;  
Vastas regiones llenas de frescura  
Va regando su espléndida corriente.

Pero sus grandes aguas de repente  
Se precipitan de una inmensa altura,  
Y se quebrantan en la roca dura,  
Y se trasforman en espuma hirviente.

Al estruendoso golpe, espesa nube  
Allá se agita en el profundo seno,  
Y vagarosa, del abismo sube.

Tiembla y retiembla el bárbaro terreno,  
Y ante Dios arrodíllase el querube,  
Al escuchar el incansable trueno.

M. CARPIO.

## AL RÍO DE COSAMALOAPAM.

ARREBATADO y caudaloso río  
Que riegas de mi pueblo las praderas,  
¡Quién pudiera llorar en tus riberas,  
De la redonda luna al rayo frío!

De noche, en mi agitado desvarío  
Me parece estar viendo tus palmeras,  
Tus naranjos en flor, y enredaderas,  
Y tus lirios cubiertos de rocío.

¡Quién le diera tan solo una mirada  
A la dulce y modesta casa mía,  
Donde nací, como ave en la enramada!

Pero tus olas ruedan en el día  
Sobre las ruinas ¡ay! de esa morada,  
Donde feliz en mi niñez vivía.

M. CARPIO.

**A MANUELA.**

PINTASTE tú, Manuela encantadora,  
De amor enagenado y delirante,  
A los piés de una bella, tierno amante,  
Que compasion en su dolor implora.

Ella lo vé con risa seductora:  
Un momento se muestra vacilante:  
Vence el amor su pecho de diamante,  
Y le tiende una mano protectora.

El cuadro lo formó tu fantasía,  
Y tu bondad angélica revela:  
El le imprime valor al alma mía

Para decirte que mi pecho anhela:  
Que al contemplar piadosa mi agonía,  
Tiendas tu mano á mí, bella Manuela.

1850.—E.



*Manuela*

## LA PLANTA DEL CAFÉ.



N las regiones casi abrasadas por el sol, se nota una vegetacion eshuberante y llena siempre de belleza y juventud. Bosques de naranjos y de limoneros, palmas gallardas y esbeltas que levemente se agitan al soplo de los vientos de la mañana, campos de algodón que recrean y deslumbran nuestra vista, y en medio de este cuadro encantador, el susurro incesante de la abeja que liba sabrosa miel en el cáliz de las flores, el zumbido constante de mil insectos, de los cuales cada uno es un prodigio en su vida y en su organizacion.

Entre ese espléndido lujo de la naturaleza, crece una planta modesta, pero llena de hermosura, arbus- to pequeño, no se eleva magestuoso como el plátano de lustrosas hojas, ni como el chirimoyo de delicioso fruto, ni crece corpulento y frondoso como el naranjo: necesita escapar de los rayos abrasadores del sol, por- que es tan delicada que el exceso de calor la haria mo- rir; por eso crece á la sombra de las palmas ó de los limoneros; necesita un apoyo que la proteja y la de- fienda, y entónces vive, entónces cuaja sus granos de- liciosos, porque es la planta del café, la que regala al hombre un licor que parece casi divino, que tiene fuerza para animar el espíritu, para hacer mas vigo- roso el vuelo de la imaginacion, porque anima la par- te moral, la parte intelectual del hombre con un fue- go que tiene algo de criador.

Si habeis sentido esa inspiracion del café, esa em- briaguez deliciosa en que la imaginacion tiene un po- der inmenso; si sois poetas y habeis sentido mas po- deroso vuestro genio, gracias al fuego del café, ama- réis la planta que lo produce: miradla tan débil y de- licada, que necesita de la sombra de los árboles ro- bustos y fuertes para poder crecer, tener sus frutos rojos como el coral, y guardar su grano, que á veces dió nuevo vigor á vuestra inteligencia cansada.

El café no puede vivir aislado: crece en los verge- les mas bellos; y moriría triste y lánguido si no estuviera rodeado de sombras que le libran de los ardores del sol. Necesita recibir casi debilitados los rayos del sol; la luz le hace mal; necesita

vivir medio escondida y sin brillo, retirada, sin osten- tar su follage ni sus flores; necesita ser buscada al pié de los árboles que la defienden.

Al mirar la existencia del café, recordamos natu- ralmente la vida de todos los seres débiles que necesi- tan ayuda y proteccion en la tierra. Viene á la men- te la memoria de la infancia, que perecería sin el ca- lor del regazo maternal; la muger, que sufriría sin el amor protector del hombre; el insecto, que necesita de la miel de las rosas; el ave, que para fabricar su nido necesita de las ramas secas de las plantas; las plantas, que necesitan de la lluvia, del calor, de la luz: y des- pues se nos presenta el universo entero, en que nada es aislado, en que nada vive al acaso: al contemplar esa armonía que une á todos los seres, el alma se ele- va hasta Dios y lo bendice.

Es triste en medio de esa armonía, y contemplan- do el café protegido por las palmas, encontrar que tan solo el corazon vive aislado, porque la duda y el dolor han roto ya la cadena invisible que lo unía á la creacion entera.

